

tradiciones, el plan inmenso de la naturaleza se levanta sobre contradicciones tambien.

Eternamente coexisten, señores, en la historia de la filosofía el sensualismo y el idealismo, eternamente coexisten en la historia de la naturaleza la atraccion y la repulsión. El alma sube como el águila al cielo, ó se esconde como el pólipo en la fria roca; la estrella se aparta del sol como piedra arrojada por una onda, y gira sin embargo al redor del sol, como la mariposa en torno de la llama. La contradiccion es la ley del mundo, la ley de la naturaleza.

¿El hombre, segun eso, está condenado á un dualismo estéril, á arrastrar siempre por la tierra las cadenas de las contradicciones? No, mil veces no. ¿Esas antinómias son insolubles? No; se resuelven siempre en suaves armonías. Rompe el tallo el dorado grano de trigo, se levanta á los aires lleno de vida y de luz, y cuando parece que el grano de trigo se habia aniquilado, brota en la punta de la hermosa planta la ópima espiga. Todo árbol, por un proceso infalible; nace de un pequeño fruto, y vuelve á concluir en el fruto de que ha nacido, como formando en la naturaleza un raciocinio de que no tiene conciencia, un eterno silògismo, una armonía. Dos fuerzas contrarias arrastran á los cuerpos en los espacios, y de estas dos fuerzas nace sin embargo su equilibrio, y nace el que esos astros tan combatidos parezcan

como clavos de oro fijos siempre en la bóveda celeste. No son insolubles las antinómias en la naturaleza; no lo son tampoco en la conciencia. Un gran filósofo, Kant, hizo un inmenso servicio á la ciencia, manifestando en su crítica de la razon pura el carácter antinómico de nuestra conciencia, que ya habian descubierto cada uno por su camino Platon y Aristóteles que habian admitido ya la misma filosofía escolástica. Pero Kant creyó, señores, que las antinómias eran insolubles. Habia descubierto una parte de verdad, pero no habia podido alcanzar toda la verdad. El espíritu humano ha mostrado, meditando sobre sí mismo, que la contradiccion es la forma de la idea; pero que así como el cuerpo y el alma, contradictorios, se reunen infaliblemente en una armonía superior que se llama humanidad, hombre, que es á un mismo tiempo alma y cuerpo y algo superior á esos dos elementos, así toda idea se resuelve en una síntesis suprema. No son, pues, tampoco insolubles las antinómias en el espíritu.

¿Y existe esta contradiccion en la historia? Nunca se ve tan clara, tan manifiesta esa ley. Abrid las páginas de la historia, y cuando oigais el ruido de los combates, el estrépito de los imperios que se arruinan, si bajo esos combates y esos imperios no veis latir una idea, cerrad el libro, porque nunca llegareis á comprender la historia. Así como la descomposicion de los cuerpos en un



crisol dá siempre al químico algun substratum, la descomposicion de los hechos en la conciencia dá siempre al historiador alguna idea. La idea es la matriz donde se funden y se forman todos los hechos. Pero así como la forma dialéctica de la idea en la conciencia es la contradiccion, la forma de la idea en la historia es la lucha. ¿No os asombra el ruido que produce una eterna guerra en el mundo antiguo? Dos razas, que son dos grandes ideas, luchan eternamente en el espacio; los persas y los caldeos combaten sin darse punto de reposo en la primitiva historia de Asia; los primeros con su heroica espada rompen, destrozan las torres titánicas, los jardines aéreos, los mágicos palacios que han levantado los caldeos, que son comerciantes; y esta guerra mortal se reproduce en todas las costas del Mediterráneo entre los fenicios y los griegos; en aquella inmensa carrera de Alejandro, cuando el conquistador griego va destruyendo bajo las ruedas de su carro los grandes imperios, y se goza sobre todo en aventar las cenizas de Tiro, y la sepulta para siempre en el desierto, cubriéndola con un sudario de arena que aun no ha levantado el soplo de los siglos, y arrancándole con la fundacion de la Alejandria el comercio del mundo; guerra titánica, que ensangrienta por última vez la historia antigua, cuando Roma y Cartago, como dos guerreros, luchan sin descanso hasta que una de ellas desaparece

para siempre de la haz de la tierra, no dejando de su civilizacion sino apagadas pavesas. ¿Y qué hay aquí en todas estas luchas? Hay la antítesis, la antinómia de dos razas.

Esas dos razas son la semítica y la indo-europea; cada una de estas razas tiene su idea. La idea de la raza semítica es la idea de Dios, creador y conservador del mundo; idea que solo el pueblo hebreo, el sacerdote de esa raza, conservó en toda su pureza. La idea de la raza indo-europea es la idea del hombre; idea que Grecia, la artista de esa raza, llevó á su más hermoso esplendor. Esta es la grande, la portentosa antinómia de la historia antigua. A la raza semítica pertenece toda la historia de la idea religiosa; á la raza indo-europea todas las evoluciones de la idea científica y política. La raza semítica, raza apóstol, raza mártir, encerrada en el seno del desierto como un cenobita, viviendo siempre vida nómada como sus grandes ganados, apurando y absorbiendo en su ardorosa alma todas las revelaciones divinas; las encendidas arenas que huellan sus piés absorben y devoran todas las lluvias del cielo, separándose de aquella árida naturaleza que la rechaza, y volviendo los ojos á los horizontes inundados siempre en noche y día de luz, escribiendo sus impresiones en las hojas de las palmeras y en las piedras que encuentra en su camino, y cantando esas impresiones en cadenciosas notas, al compás



de sus címbalos y de sus salterios, que remedan el monótono sonido del viento al estrellarse en la llanura; siempre agradecida, siempre religiosa, que ve brotar de un poder superior, de un poder supremo el árbol que la regala con sus frutos, la ligera nubecilla que le vela el sol, la fuente de agua clara que mana en el oasis, el rocío que al nacer la mañana halla prendido á sus sienes como una corona de perlas el viajero que pasa la noche al lado de su caravana; y así, arrancando uno á uno todos los espesos velos con que las razas idólatras habian cubierto la religion, merece que Dios se le revele; y le conoce en su unidad, en su personalidad; ve su santuario en el cual están engarzados como piedras preciosas el sol, la luna y las estrellas; arroja á sus plantas como una alfombra de flores todas las maravillas de la creacion, y entona un eterno salmo; y se ciñe la túnica de sacerdote, y pone sus manos en el ara, y enciende el fuego del holocausto, y anonada la naturaleza en presencia de su Creador, como la víctima que muere en el sacrificio, y así guarda al mundo la santa, la verdadera, la infalible idea que ha recibido del cielo, la idea de un solo Dios.

La raza indo-europea durmió el sueño de la inocencia en cuna de flores al pié del Himalaya, prendida á la naturaleza como el niño al pecho de su madre. Creciendo más tarde y anidando en su corazon el ardor juvenil, blandió su lanza y fué

guerrera. Así como el niño se encierra en su hogar y en el seno de su madre, el jóven gusta del combate. Conducida por un instinto viajero que puso Dios en el hombre como en el ave, llegó al pié del Cáucaso. Allí un gran brazo de aquella corriente de hombres debia formar los pueblos germanos; otro brazo los pueblos clásicos. Los indo-europeos tocaron por fin en su tierra de promision, en Grecia. Allí acabó de comprender la raza indo-europea el secreto de toda su vida, el destino que le habia encomendado el Eterno. Allí no sólo adoró la naturaleza como habia hecho en Oriente, adoró tambien la sucesion de sus propias sensaciones; su primera idea religiosa fué un eco del mundo físico; su segunda idea religiosa una emanacion del alma del hombre. El hombre, sí, el hombre fué toda su vida, fué todo su culto, todo su genio. En los hermosos y poéticos bosques de Grecia le fabricó un templo, cogió las flores de sus campos para ceñirle una corona, puso en su frente el fuego del cielo, en su sonrisa una eterna alegría, en sus labios un himno, en su pecho la inspiracion poética, en sus manos la lira, y le llamó artista, es decir, creador; y le creyó Dios; é hizo del aroma de los bosques, del murmullo de las auras, de los varios ecos de la naturaleza, el incienso de sus altares, la música de su templo. La raza semítica, sin dejar de ser artista, habia sido principalmente religiosa; la raza indo-euro-



pea, sin dejar de ser religiosa, habia sido principalmente artista; la raza semítica fué como un sacerdote, la raza indo-europea como un poeta, como un guerrero; la primera tenía el instinto de la conservacion, la segunda el instinto del progreso; los semitas se quedaron de rodillas al pié de sus altares y conservaron su Dios á la humanidad; los indo-europeos fueron por todo el mundo inquietos siempre, cincelando con sus artes al hombre para hermostearlo y hacerle digno de recibir en su amoroso seno el Dios velado por los semitas; los primeros han sido la base incontrastable, el fundamento de la religion; los segundos han sido los generadores de todas las grandes ideas políticas y artísticas de la humanidad, porque la raza semítica fué el sacerdote de Dios y la raza indo-europea el artista del hombre; y Dios y el hombre estaban separados en toda la historia antigua, y no se confundieron en ósculo de amor hasta que venidos los tiempos que habia profetizado Daniel, Jesús, descendido del cielo, reunió á los semitas y á los indo-europeos en la idea sacrosanta de la humanidad, y reconcilió Dios y el hombre en el dogma divino, eterno del Verbo. Hé aquí, señores, por qué, aun prescindiendo de su verdad religiosa, aun prescindiendo de considerar el Cristianismo como yo lo considero siempre, como una religion venida del cielo y revelada por Dios, el Cristianismo es la armonía de todas las

grandes oposiciones históricas y el eterno fundamento, la eterna tesis de toda civilizacion moderna.

¿No es verdad? ¿No lo sentís todos vosotros conmigo? ¡Ah! señores, el encono de los partidos, el empeño de cierta escuela en presentar á Cristo con la tea de la Inquisicion en una mano y la mordaza en la otra; á Cristo, que sólo abrió sus labios para bendecir, que sólo tuvo corazon para amar, que murió para vencer la muerte, que fué esclavo para hacernos libres; los gérmenes arrojados en algunas conciencias por esa filosofía mezquina que dominó en Francia en el siglo XVIII, filosofía de que nosotros, hijos del siglo XIX, siglo de armonía, nos hallamos; pero sobre todo, los grandes crímenes cometidos en nombre de la religion para aherrojar y envilecer á los pueblos, han borrado en muchas almas desdichadas, nacidas no para ser piedras de los abismos, sino astros de los cielos; han borrado, decia, la nocion cristiana, la fé en esa divina creencia; pero medita un instante en esta sagrada religion y vereis cómo es el sol del pensamiento y de la historia; y si sois poetas, pedidle ideas, pedidle amor y os dará una lira como la del Dante, un amor tan puro, tan casto, tan divino como el que simboliza Beatrice cuando sentada en una estrella á la puerta del Paraíso, abre al poeta la mansion del cielo; y si sois filósofos, abismaos en sus profundos dogmas, que han



abierto al pensamiento humano los horizontes de lo infinito; y si sois, como yo, amantes de la libertad y del progreso, si deseais que todas las contradicciones sociales se resuelvan en divinas armonías, que el derecho se encarne en todos los hombres, que el último eslabon de la cadena arrastrada por tantos siglos por la humanidad se rompa, que cese la guerra del hombre contra el hombre, y se acaben todas las injusticias, y empiece el reinado santo de la ley divina en el mundo, abrazaos también á Cristo, que su divina palabra derramó en las conciencias la idea de libertad, y en los corazones el sentimiento de la fraternidad humana, y sus divinas manos, traspasadas impiamente por el clavo de la servidumbre, han roto la coyunda que pesaba sobre nuestros padres; pues si nosotros, los plebeyos de ayer, los ciudadanos de hoy, nosotros que tenemos por progenitorés á los antiguos parias, á los esclavos y siervos de la gleba, vivimos socialmente y respiramos en libertad y somos hombres, lo debemos, señores, á la doble redencion religiosa y social del Cristianismo. (Prolongados y generales aplausos.)

Perdonad, señores, á mi natural entusiasmo que me haya estraviado. Volvamos los ojos á la aparicion del Cristianismo en la historia. No se puede comprender esta maravillosa aparicion sin estudiar antes la gran premisa, la raiz de esa

idea, la religion bíblica. Todos los caracteres del pueblo hebreo son los caracteres de un pueblo lleno de la idea de Dios. El Sér Supremo interviene como una persona poderosa y activa en toda su historia. El Sér Supremo es la nota de todos sus cánticos. El Sér Supremo es el pensamiento central de su civilizacion.

La naturaleza, ante ese gran Sér, pasa como una sombra, el pensamiento como ligera nube. El arte hebreo es un cántico divino, el verbo de su habla no tiene presente, porque el hombre vive en lo pasado y en lo futuro, y sólo Dios vive siempre en lo presente. El nombre de Dios Yhowah significa el sér, y es un nombre inefable, porque si alguna lengua osara pronunciarlo, seria abrasada por el fuego del cielo y reducida á cenizas. Ningun pueblo ha guardado con más fé, con más tenacidad una idea. Por eso, además de su carácter divino, el libro que ese pueblo escribió está hoy en manos de todos los hombres civilizados, y los cánticos que salieron del pecho de ese pueblo resuenan en las bóvedas de nuestras iglesias. En los albores de su historia es un pueblo pastor; el patriarcado es su forma de gobierno; la vida del aduar árabe, vida nómada y errante, es su vida; el oasis del desierto es su templo. Esta época está representada por Abraham. La segunda evolucion de su pensamiento y de su historia es Moisés; el pueblo que no tenia leyes las recibe; del



patriarcado pasa á la forma republicana; las tribus, profundísima modificacion de las antiguas castas, empiezan á dibujarse en el espacio. La tercera evolucion de su vida es Samuel. En tiempo de este héroe el pueblo va á pasar de tribu nómada á nacion, de pequeña república á monarquía. Era imposible que cuando grandes imperios se formaban al rededor de Israel, este pueblo permaneciera disperso en sus tribus. Entonces nace el rey, á cuyo lado, á cuyo nivel se levanta el levita, el sacerdote. Pero al lado del levita y del rey, por un milagro de este pueblo, hay una institucion única en los fastos de la historia, especie de tribunal religioso que protesta contra todas las tiranías, que sostiene el ardor del pueblo, que le inspira la fé, que le abre los tesoros de la esperanza, el profeta. Dificil es, señores, abrir una página de la historia hebrea sin encontrar la lucha del profeta con el rey. El verdadero ideal de la historia de la monarquía es David. El pastor se ha hecho guerrero; su onda alcanza á la cabeza de los vecinos pueblos; el guerrero se ha hecho rey y el rey profeta. De suerte que en David se reunen las principales dignidades de Israel. La vida purísima de Israel, vida especialmente religiosa, recibe una desviacion idólatra bajo el cetro de Salomon. Salomon empeña alianzas con los reyes orientales, cuando la salvacion de Judea estaba en su aislamiento; reviste de un lujo fabuloso

aquel pueblo, cuando aquel pueblo, el gran cenobita de la historia, debia morir á la vida del sentido para estar siempre en la vida del espíritu; se dá á grandes placeres y á desmedidos amores que turban la serenidad de la idea, que como el alma del mundo y de la historia guardaba en su templo aquella escogida raza. La intolerancia con los otros pueblos, su creencia firme y segura de que sólo en su seno residia la verdad de la religion y la salud del mundo, eran los grandes timbres del pueblo escogido. A ese gran celo debió su gran obra. A esa su intolerancia debió su salvacion y el cumplimiento de su inmortal destino. El pensamiento de unir á Israel con los otros pueblos de Oriente, de arrojarlo en el torbellino de la vida universal, hubiera empañado su vida, hubiera destruido su idea; y su vida y su idea eran necesarias para la gran obra de la Providencia.

Pero donde principalmente debemos fijar nuestra vista para conocer este fin es en el profeta. Su espíritu inspirado, su palabra divina, su genio superior, su carácter severo é indomable, su amor á conservar al pueblo á los piés de Dios, su celo por la ley, hace del profeta el ángel que guarda con su espada de fuego el espíritu de Israel, y que derrama en su alma el divino rocío de las dulces y celestiales esperanzas. ¡Qué grandes son los profetas! Todos ellos fulminan maldiciones, que se cumplen, y arrojan á la conciencia



patriarcado pasa á la forma republicana; las tribus, profundísima modificacion de las antiguas castas, empiezan á dibujarse en el espacio. La tercera evolucion de su vida es Samuel. En tiempo de este héroe el pueblo va á pasar de tribu nómada á nacion, de pequeña república á monarquía. Era imposible que cuando grandes imperios se formaban al rededor de Israel, este pueblo permaneciera disperso en sus tribus. Entonces nace el rey, á cuyo lado, á cuyo nivel se levanta el levita, el sacerdote. Pero al lado del levita y del rey, por un milagro de este pueblo, hay una institucion única en los fastos de la historia, especie de tribunado religioso que protesta contra todas las tiranías, que sostiene el ardor del pueblo, que le inspira la fé, que le abre los tesoros de la esperanza, el profeta. Dificil es, señores, abrir una página de la historia hebrea sin encontrar la lucha del profeta con el rey. El verdadero ideal de la historia de la monarquía es David. El pastor se ha hecho guerrero; su onda alcanza á la cabeza de los vecinos pueblos; el guerrero se ha hecho rey y el rey profeta. De suerte que en David se reunen las principales dignidades de Israel. La vida purísima de Israel, vida especialmente religiosa, recibe una desviacion idólatra bajo el cetro de Salomon. Salomon empeña alianzas con los reyes orientales, cuando la salvacion de Judea estaba en su aislamiento; reviste de un lujo fabuloso

aquel pueblo, cuando aquel pueblo, el gran cenobita de la historia, debia morir á la vida del sentido para estar siempre en la vida del espíritu; se dá á grandes placeres y á desmedidos amores que turban la serenidad de la idea, que como el alma del mundo y de la historia guardaba en su templo aquella escogida raza. La intolerancia con los otros pueblos, su creencia firme y segura de que sólo en su seno residia la verdad de la religion y la salud del mundo, eran los grandes timbres del pueblo escogido. A ese gran celo debió su gran obra. A esa su intolerancia debió su salvacion y el cumplimiento de su inmortal destino. El pensamiento de unir á Israel con los otros pueblos de Oriente, de arrojarlo en el torbellino de la vida universal, hubiera empañado su vida, hubiera destruido su idea; y su vida y su idea eran necesarias para la gran obra de la Providencia.

Pero donde principalmente debemos fijar nuestra vista para conocer este fin es en el profeta. Su espíritu inspirado, su palabra divina, su genio superior, su carácter severo é indomable, su amor á conservar al pueblo á los piés de Dios, su celo por la ley, hace del profeta el ángel que guarda con su espada de fuego el espíritu de Israel, y que derrama en su alma el divino rocío de las dulces y celestiales esperanzas. ¡Qué grandes son los profetas! Todos ellos fulminan maldiciones, que se cumplen, y arrojan á la conciencia



humana esperanzas, que se realizan. Cada uno de ellos deja planteado un problema que solo Cristo puede resolver, porque la ley antigua es el símbolo y la nueva ley el espíritu. En toda la historia de Israel hay una grande y poderosa antinómia; el rey que quiere confundir la vida del pueblo escogido con toda la vida del Oriente, el profeta que conserva en su aislamiento á Israel y lo guarda así para que contribuya á la salvacion del género humano. El Moisés de los profetas es Elías; no escribe, pero obra, protesta contra todas las tiranías, vive como un anacoreta, se esconde en el seno de las montañas; aparece un instante para arrojar sus maldiciones sobre los protervos y vuelve á desaparecer como arrebatado por una nube: y es así el eterno ideal de los profetas, que recorre los cielos en un carro de fuego. La conservacion de la idea matriz de Israel y la esperanza en el Verbo son las dos leyes de los profetas. Pero bien pronto sienten en su seno un espíritu, que les mueve á escribir, á derramar en las páginas de los libros toda la vida de su alma. Ellos producen con sus elocuentes palabras una gran exaltacion religiosa. La esperanza de que están poseidos no cabe en su seno, y se exaltan en hermosísimos cánticos. Sus palabras caen como una lluvia de fuego sobre los enemigos de Israel. Todas las ciudades que marcan con su maldición, todas

caen una tras otras en el polvo, todas se pierden como si fueran abrasadas por su cólera celeste.

Así los profetas reforman las costumbres, sostienen la ley en su pureza, conservan la tradicion, separan la vida de Israel de todas las abyecciones que pudieran mancharla, lloran las desgracias del pueblo, guardan el maná de la revelacion, para que el hombre, en su camino por el desierto de la vida, pueda saborear con anticipacion ese alimento del cielo. Notad, señores, que conforme van pintando los tiempos de la venida del Mesias, los profetas se exaltan, una caridad inmensa enciende sus espíritus. El amor hácia esa nueva desconocida edad, la confianza en el reinado de un justo, la fé en la exaltacion de Israel, todos esos presentimientos dicen que sobre aquel pueblo va á descender el prometido á las naciones.

Jeremías llora sobre las ruinas de Jerusalem, sobre las piedras de su santuario dispersas, las calles vacías, sus hijos muriendo en los estercoleros, sus pequeñuelos comidos por sus madres: Israel, Daniel y otros profetas abren el corazón á la esperanza; mostrando las huellas que deja en los montes el que viene á anunciar la salud al pueblo; Jerusalem alzándose de su lecho de ceniza, resplandeciente de hermosura; los camellos de Madian saltando al rededor de sus muros cargados de mirra, de aloe, de incienso; los becer-



rillos de los nabateos, ofreciéndose ellos mismos de grado á el sacrificio; nubes de blancas palomas aleteando en torno de sus torres; los hijos de los mismos que habian humillado á Jerusalem, llamándola de rodillas la ciudad santa, la ciudad bendita; los reyes del mundo queriendo beber la leche que manan los pechos de la señora de las gentes; el sol y la luna fijándose para siempre en sus horizontes; todos los guerreros y todos los poderosos de la tierra buscando un asilo como niños sin madre, como huérfanos, en los anchos pliegues de su manto.

La constancia en su idea religiosa, en su idea salvadora mereció ser premiada por el Verbo. Nace ese pueblo cuando la tierra acaba de salir de las manos del Creador, cuando la primera aurora resplandece en los horizontes y el primer canto de la creacion resuena en los espacios infinitos, y posee ya la idea de Dios: viene el diluvio, las aguas cubren la tierra, desaparecen las naciones, y los progenitores de ese pueblo conservan pura la idea de Dios: vive despues vida nómada, su casa es una tienda apoyada en una palmera, su patrimonio el ganado que pasta en los valles y en los oasis, el desierto le rodea, solo de vez en cuando pasa algun caminante, al cual ofrece un becerrillo, agua que refresca sus manos y sus piés, cogida por la doncella en la vecina fuente, y tortas hechas con tres medidas de hari-

na en la piedra del hogar, y en medio de esta pobreza conserva la idea de Dios: vive esclavo en Egipto, con una cadena atada al pié, cociendo los ladrillos para levantar los palacios de sus señores, y las cárceles en que se descolora la vida; y á pesar de tanta degradacion, conserva pura la idea de Dios: atraviesa el desierto, se reúne en torno del Sinai, oye la tempestad, el huracan, y en medio de aquel inmenso mar de arena conserva siempre la idea de la unidad de Dios: pelea ¡él! que no ha nacido para los combates, pulveriza con sus plantas los cráneos de sus enemigos como la piedra del molino pulveriza el trigo, hace de sus cuerpos un escabel para sus plantas, apaga su sed de venganza en los arroyos de sangre que brotan de la entreabierta herida, y en medio del polvo del combate invoca la idea de Dios; va con las manos atadas á la espalda, los piés desnudos, el pecho amoratado, los ojos llenos de lágrimas á Babilonia, dejándose sus hijuelos muertos de sed en el desierto, sus esposas aplastadas entre las piedras del camino, y allí en Babilonia, al mismo tiempo que va labrando con sus martillos la piedra, conserva el nombre de su Dios: vuelve triunfante á Jerusalem con palmas en la mano, y ramos de oliva en la frente, y dividiéndose todo el pueblo en dos grandes porciones, entonan los salmos divinos, separados en dos inmensos coros, teniendo por medio las aguas del Jordan, y el



ritmo de aquel cántico es siempre la unidad de Dios: pasan en su presencia todos los grandes conquistadores con su séquito de ideas invasoras, con sus huestes; Alejandro, que derrama su alma en el Asia, los seléucidas, que van á imprimir en el Oriente el ósculo de la idea griega, y mientras muchas colonias judías abandonaban el Yhowah de sus padres por Júpiter griego, Jerusalem, que habia resistido al cautiverio, á la guerra, obró un milagro más grande, resistiendo á las seducciones de Grecia, conservando pura la unidad de Dios; constancia inaudita, que fué premiada por el Eterno, haciendo de ese pueblo la base de todos los templos, de su libro el proemio de toda la religion, y de sus reyes los progenitores de Jesucristo. (Aplausos prolongados.)

Véase, señores, cómo la historia, la religion, los dogmas, las esperanzas del pueblo hebreo, traen consigo á Jesucristo. Señores, antes de concluir miremos á Jesus: el Eterno, el que habia en su mano cogido la candente materia y habia formado los astros, para arrojarlos como notas de un gran concierto en los espacios, no encuentra asilo en el universo; el que con su sople infundió vida al espíritu humano, no es entendido ni escuchado de los hombres; el que encendió el sol, tuvo frio; el que derramó las aguas, tuvo sed; el que habia dado vida á todos los seres que bajo el cielo se mueven, tuvo hambre; el que habia forjado todos

los poderes de la tierra, fué esclavo de los jueces del mundo; el que se apareció en el Sinaí en gloriosa nube, teniendo por mensajero el trueno, el huracan y el relámpago, por cetro el rayo, inundado con los resplandores de la luz increada, hablando por la voz de la tempestad y de los espumosos torrentes, causa de toda existencia, creador de toda vida, muere en afrentoso suplicio, en el Calvario, entre dos ladrones, y al morir derrama en el mundo la verdadera vida, el eterno espíritu que va á ser el alma de toda la civilizacion. He dicho. (Estrepitosos y prolongados aplausos.)